

# El País

Carlos Fuentes considera que el futuro de la literatura en español está en la diferencia

Escritores, profesores y editores debaten en la Universidad de Brown sobre el mundo hispano

**RICARDO M. DE RITUERTO** - Providence - 21/04/2002

Carlos Fuentes cree que el futuro de la literatura en lengua española a ambos lados del Atlántico pasa por la diferenciación, por dar vía libre a la imaginación desprejuiciada tras abandonar lo que ha sido una constante en la cultura latinoamericana, la búsqueda de una identidad en sus diversos países. Con esa tesis, el escritor mexicano cerró el viernes una mesa redonda en la Universidad norteamericana de Brown, donde otros ocho escritores, profesores y editores españoles y latinoamericanos dialogaron sobre la literatura en el mundo hispano a comienzos del siglo XXI.

La exposición de los distintos puntos de vista de la jornada de clausura del encuentro coronó una serie de actos que han tenido lugar desde el pasado miércoles en Brown, organizados con el patrocinio de entidades como la Fundación Santillana o el Instituto Cervantes, para homenajear a Carlos Fuentes a los 40 años exactos de la publicación de *Aura* y *La muerte de Artemio Cruz*, dos novelas de muy distinta factura que están en los principios cronológicos del *boom* de la literatura latinoamericana. 'En nuestra cultura, la búsqueda de identidad ha sido una constante. Pero ya la tenemos. Todo mexicano sabe lo que es ser mexicano, todo argentino lo que es ser argentino y todo brasileño lo que es ser brasileño', dijo Fuentes. 'Hay que salir del discurso de la identidad para entrar en el de la diferenciación. Ése es el futuro de nuestra literatura en el siglo que comienza'.

# La Muerte de Aremio Cruz

Carlos Fuentes

Yo despierto... Me despierta el contacto de ese objeto frío con el miembro. No sabía que a veces se puede orinar involuntariamente. Permanezco con los ojos cerrados. Las voces más cercanas no se escuchan. Si abro los ojos, ¿podré escucharlas?... Pero los párpados me pesan: dos plomos, cobres en la lengua, martillos en el oído, una... una como plata oxidada en la respiración. Metálico todo esto. Mineral otra vez. Orino sin saberlo. Quizás —he estado inconsciente, recuerdo con un sobresalto— durante esas horas comí sin saberlo. Porque apenas clareaba cuando alargué la mano y arrojé —también sin quererlo— el teléfono al piso y quedé boca abajo sobre el lecho, con mis brazos colgando: un hormigueo por las venas de la muñeca. Ahora despierto, pero no quiero abrir los ojos. Aunque no quiera: algo brilla con insistencia cerca de mi rostro. Algo que se produce detrás de mis párpados cerrados en una fuga de luces negras y círculos azules. Contraigo los músculos de la cara, abro el ojo derecho y lo veo reflejado en las incrustaciones de vidrio de una bolsa de mujer. Soy esto. Soy esto. Soy este viejo con las facciones partidas por los cuadros desiguales del vidrio. Soy este ojo. Soy este ojo. Soy este ojo surcado por las raíces de una cólera acumulada, vieja, olvidada, siempre actual. Soy este ojo abultado y verde entre los párpados. Párpados. Párpados. Párpados aceitosos. Soy esta nariz. Esta nariz. Esta nariz.